



**philip k. dick**

**LA MÁQUINA  
PRESERVADORA**

«El escritor de ciencia-ficción más consistentemente brillante del mundo es Philip K. Dick, autor de innumerables buenos cuentos. Presenta de tal modo a los caracteres subsidiarios, que parecen vivir fuera de las páginas; crea terrores obsesivos, casi paranoides, cuando la acción lo requiere; une las distintas líneas argumentales por medio de nudos, y luego retira meticulosamente hasta el último hilo. Si quiere usted ver a un maestro de la ciencia-ficción haciendo lo que el resto de nosotros nunca ha soñado, lea a Philip K. Dick».

JOHN BRUNNER

«Si a algo pudiera llamársele "ciencia-ficción negra", Philip K. Dick se su Pirandello, su Becket y su Pinter».

HARLAN ELLISON

## LA MÁQUINA PRESERVADORA

Reclinándose en la hamaca de lona, Doc Labyrinth cerró melancólicamente los ojos y acomodó la manta para que le cubriera bien las rodillas.

—¿Y bien? —le pregunté, mientras me calentaba las manos junto a la barbacoa.

Era un día de sol, claro y fresco; no se veía una nube en el cielo de los Ángeles. Un espacio verde, suavemente ondulado, se extendía tras la modesta casa de Labyrinth y llegaba al pie de la montaña, pequeña selva confinada que daba la ilusión de un paraje salvaje dentro de los límites de la ciudad.

—¿Y bien? —repetí—. ¿Entonces la máquina funcionó como usted esperaba?

Labyrinth no respondió. Al volverme hacia él vi que el anciano tenía la vista fija en un escarabajo pardo oscuro que trepaba lentamente por la manta. Había cierta tristeza en la expresión de Labyrinth. El escarabajo ascendía metódicamente, con movimientos llenos de dignidad e indiferencia ante lo que le rodeaba; llegó al tope y después desapareció por el otro costado. Nos habíamos quedado solos.

Labyrinth me miró, el pecho agitado por un leve suspiro.

—¡Oh!, funcionó bastante bien —dijo.

Busqué al escarabajo, pero había desaparecido. Bajo las últimas luces del crepúsculo una brisa leve, fría y cor-

tante se arremolinó en torno nuestro. Me acerqué más a la barbacoa.

–Explíqueme lo que pasó –le dije.

Al igual que otra gente que lee demasiado y tiene mucho tiempo libre, el doctor Labyrinth estaba convencido de que nuestra civilización terminaría como Roma había terminado. Según creo, veta en nuestro mundo, las mismas fallas que habían causado la ruina del antiguo, el de Grecia y Roma. Estaba convencido de que llegaría el momento en que nuestro mundo, nuestra sociedad y el modo de vida que habíamos conocido moriría como aquéllos y que un período de sombras seguiría a su desaparición.

Habiendo llegado a esa conclusión, Labyrinth empezó a preocuparse por todas las cosas hermosas que se perderían irremediablemente en el trastrueque de los tiempos. Pensó en el arte, la literatura, la música, las costumbres; todo se perdería. Y entre todas esas cosas nobles y grandes, pensó que la música sería la primera en quedar olvidada.

Frágil y delicada, abstracta por su misma naturaleza, la música es una de las artes más perecedera y más susceptible de destrucción.

El hecho preocupaba a Labyrinth porque, siendo un amante de la música, le espantaba la idea de que algún día no quedara nada de Brahms, ni de Mozart; que se perdiera la suave música de cámara que él, románticamente, identificaba con pelucas empolvadas, cejas relucientes de resina, y velas largas consumiéndose lentamente en la penumbra.

¡Qué infortunado y estéril sería un mundo sin música!  
¡Cuán insoportable la vida en él!

Fue así como llegó a pensar en la máquina preservadora. Una noche, sentado en el cómodo sillón de la sala, mientras en el gramófono sonaba suavemente la música tuvo una extraña visión; imaginó la única partitura de un trío de Schubert, el último ejemplar manoseado, con las

esquinas dobladas, tirado en el suelo de algún lugar olvidado, un museo, probablemente.

Entre las nubes se acercaba un bombardero que arrojaba poderosas bombas que daban de pleno en el museo, destruyendo el edificio en medio del polvo y una estruendosa caída de ladrillos y mampostería. La última partitura se perdía así entre los escombros, destinada quizás a llenarse de moho y pudrirse.

Pero Doc Labyrinth imaginó la partitura emergiendo de entre las ruinas como un topo que sale de la cueva; convertido, en realidad, en un topo provisto de garras, dientes filosos y una furiosa energía vital.

Todo sería muy distinto si la música tuviera esa vulgar cualidad, el común instinto de supervivencia que posee un gusano, o un topo. Si la música pudiera convertirse en criaturas vivas, en animales con garras y dientes, sería posible hacerla sobrevivir. Empezó a jugar con la idea de construir una máquina para procesar partituras musicales transformándolas en seres vivientes.

Pero Doc Labyrinth no poseía ningún conocimiento mecánico; se limitó a esbozar algunos esquemas y los envió a ciertos laboratorios de investigación. Casi todos estaban muy ocupados cumpliendo con contratos de armamentos, pero al fin encontró a la gente que andaba buscando. Una pequeña universidad del oeste medio quedó encantada con los planos y empezó a trabajar en la máquina con entusiasmo.

Pasaron algunas semanas. Labyrinth recibió, por fin, una tarjeta de la universidad. La construcción de la máquina se estaba llevando a cabo sin inconvenientes; la pieza estaba a punto de quedar terminada. La habían sometido ya a una prueba, introduciéndole un par de canciones populares. ¿Y cuál había sido el resultado? Dos animalitos, semejantes a ratones, saltaron por el suelo del laboratorio hasta que el gato se los comió. Pero la máquina había sido un éxito.

Poco después, cuidadosamente embalada, la recibió en su casa dentro de un huacal de tablas sujeto con alambres y cubierta por un buen seguro. Después de quitar las tablillas comenzó a trabajar con la máquina, muy excitado. ¡Cuántas ideas habrían pasado por su mente mientras hacía los ajustes de control necesarios y se aprestaba a efectuar la primera transformación! Había seleccionado, para empezar, una partitura muy valiosa: el quinteto de Mozart. Durante algunos minutos se limitó a volver las páginas, absorto en sus pensamientos. Por último la llevó hasta la máquina y la introdujo en ella.

Pasó un tiempo. Labyrinth esperaba nervioso, de pie ante la máquina, sin saber realmente con qué sorpresa se encontraría al abrir el último compartimiento. A su criterio, se había impuesto una tarea importante, no exenta de cierto tono trágico, al tratar de conservar la música de los grandes genios para toda la eternidad.

¿Qué formas adoptaría aquello que estaba haciendo?

¿Qué encontraría? ¿Cómo sería acogido su trabajo? Esas preguntas, entre muchas otras, tendrían respuestas muy pronto. Mientras seguía distraído en esas disquisiciones, la luz roja de la máquina empezó a parpadear. El proceso estaba terminado; ya había ocurrido la transformación. Abrió la puertecilla de la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa extraña! —Un pájaro y no la clase de animal que él esperaba salió volando de la máquina.

El ave Mozart era pequeña, esbelta y muy hermosa; poseía el plumaje ornamentado a la manera de un pequeño pavo real. Dio algunos pequeños saltos por la habitación y, lleno de curiosidad volvió hacia donde él estaba en amistosa actitud. Doc Labyrinth se inclinó tembloroso, y extendió la mano. El ave Mozart se acercó, pero luego echó el vuelo.

—¡Fantástico! —murmuró él.

Suavemente trató de atraer al pájaro, empleando toda la paciencia de que era capaz. Al fin logró que aleteara

otra vez hacia él. Labyrinth lo acarició varias veces suavemente, pero enseguida pensó: «¿Cómo serán los demás?». Le costaba imaginarlo. Con mucha dulzura cogió al ave Mozart y la introdujo en una caja.

Al día siguiente tuvo una sorpresa aún mayor cuando el escarabajo Beethoven salió de la máquina preservadora, digno y severo. Era el mismo animalito que yo había visto trepar por la manta; introvertido e intenso, absorto en sus propios asuntos.

Salió después el animal Schubert; un cordero que corría de un lugar a otro con ganas de jugar, como un adolescente impetuoso.

Labyrinth se sentó y empezó a pensar seriamente en lo que estaba ocurriendo.

¿En qué consistía realmente el factor de supervivencia? ¿Acaso una ligera pluma era mejor que un par de fuertes garras o un juego de dientes afilados? Labyrinth estaba perplejo. Había imaginado que vería un desfile de criaturas fuertes y macizas, provistas de garras, de fuertes escamas, decididas a cavar y diestras en la lucha, dispuestas a dar mordiscos y coces si fuera necesario. Se preguntó si lo que estaba obteniendo era el resultado más adecuado a sus propósitos.

¿Quién podía asegurar en última instancia, qué resultaba más conveniente para poder sobrevivir? Los dinosaurios habían sido criaturas enormes, poderosas, bien protegidas por la naturaleza y, sin embargo, no quedaban ejemplares de la especie. De todos modos, la máquina ya estaba construida y era demasiado tarde para volverse atrás.

Labyrinth continuó con sus planes e introdujo en la máquina la música de diversos compositores, una tras otra. El bosque detrás de su casa se pobló con criaturas palpitantes que gritaban y gemían de noche y, a veces, chocaban entre sí. Había muchas rarezas y ciertas creaciones lo llenaban de sorpresa y asombro. El insecto Brahms tenía va-

rias patas que salían en todas direcciones. Era un enorme ciempiés en forma de disco achatado y cubierto de una densa pelambre. Gustaba de la soledad y salió presuroso, tratando de no encontrarse con el animal Wagner que había salido un rato antes.

El animal Wagner era enorme y estaba salpicado de motas de diversos colores; evidentemente tenía mal carácter y Doc Labyrinth sentía cierto temor por él. Ocurría lo mismo con los insectos Bach, criaturas redondeadas, semejantes a bolitas, de las que había un verdadero enjambre, unos más grandes, otros más pequeños, resultado de los cuarenta y ocho preludios y fugas. Salió después el pájaro Stravinski, con plumas de diversos colores, y muchos otros.

Los dejó refugiarse en el bosque y a los brincos se fueron, a los saltos o arrastrándose como mejor podían. Pero no podía evitar cierto sentimiento de fracaso. Cada animal que salía era una sorpresa para él; carecía de control sobre los resultados de la operación. Todo parecía escapársele de las manos, producto de alguna ley invisible e implacable que no dejaba de preocuparlo. Salían los animales, transformados por alguna fuerza extraña, profunda e impersonal, que Labyrinth no alcanzaba a ver y menos aún a comprender. Todo ello le causaba un profundo temor.

Labyrinth permaneció en silencio. Esperé un rato, para darle oportunidad de continuar con su relato, pero no parecía tener intención de hacerlo. Lo miré largamente; el anciano me miraba con una expresión extraña, casi suplicante.

—Es todo lo que sé —declaró—. Hace tiempo que no me aventuro por el bosque. Tengo miedo. Presiento que algo está sucediendo, pero...

—¿Desea que lo acompañe a ver qué pasa?

Sonrió aliviado.

—¿No es una molestia para usted? Estaba deseando que me lo sugiriera; este asunto está empezando a depri-



mirme –dijo, y recogiendo la manta se puso de pie y se cepilló la ropa con la mano—. Vamos entonces.

Caminamos en torno a la casa y luego seguimos un estrecho sendero que llevaba hasta el bosque. El lugar tenía un aspecto salvaje y desordenado; se había convertido en un mar de hierbas altas, espesas y entremezcladas. Haciendo a un lado las ramas para abrirse paso, Doc Labyrinth avanzaba delante; a veces tenía que agacharse; otras, contorsionaba el cuerpo para seguir caminando.

–¡Este lugar se las trae! –comenté.

Seguimos andando por un tiempo. El sol casi se había puesto; la oscuridad reinaba ya en el bosque y una densa humedad, transformada en niebla, caía sobre nosotros, penetrando entre las hojas.

–Demasiado solitario –observó el doctor deteniéndose de súbito y mirando en tomo—. Creo que será mejor que vaya a buscar el rifle. Quiero evitar problemas.

–Teme que las cosas estén fuera de control –le dije, poniéndome a la par—. Tal vez no sea tan terrible como usted supone.

Labyrinth miró alrededor mientras aplastaba con el pie algunos matorrales.

–Están por todas partes, nos rodean, ¿o acaso no los siente? –preguntó.

Asentí distraído.

–¿Qué es esto? –pregunté, levantando una rama pesada y semipodrida de la que se desprendieron algunos hongos.

La arrojé al costado del camino; en el lugar donde cayó se formó un montículo informe, apenas perceptible y medio hundido.

–¿Qué es eso? –repetí.

Labyrinth miró hacia abajo, con el rostro contraído en una expresión miserable. Dio puntapiés al montículo, sin saber lo que hacía. Me sentí muy incómodo.

–En nombre del cielo –le dije–. ¿Qué es? ¿Sabe qué es?

Lentamente Labyrinth levantó la mirada hacia mí.

–El animal Schubert –susurró–, o lo que queda de él; no es mucho.

Recordé que el animal Schubert era el que había salido corriendo y retozando como un cachorro que sólo deseaba jugar. Me puse en cuclillas para observar más de cerca el montículo; aparté algunas hojas y ramitas. Estaba muerto. Tenía la boca abierta y el cuerpo abierto de parte a parte. Ya los gusanos se movían dentro de la carcasa, ocupados en su lúgubre trabajo. Empezaba a heder.

–¿Pero qué pudo haber sucedido? –preguntó Labyrinth desesperado, meneando la cabeza–. ¿Qué puede haber provocado esto?

Hubo un ruido. Nos volvimos rápidamente.

Pasaron algunos segundos sin que lográramos ver nada. De súbito un arbusto se movió y pudimos distinguir su forma; debió estar allí observándonos desde hacía un rato. Era una bestia grande, larga y huesuda y sus ojos brillaban con intensidad. Me pareció semejante a un coyote, sólo que más corpulento. Su grueso pelaje estaba apelmazado; el hocico entreabierto colgaba babeante mientras nos miraba en silencio, como sorprendido de vernos en ese lugar.

–Es el animal Wagner –dijo Labyrinth, con la voz enronquecida– pero está cambiado, apenas puedo reconocerlo.

El animal olfateó el aire, hinchando el lomo. Después se volvió hacia las sombras; un minuto después había desaparecido.

Permanecimos quietos algunos minutos, sin decir palabra. Labyrinth fue el primero en reaccionar.

–De manera que de eso se trataba –dijo lentamente–. Apenas puedo creerlo. Pero ¿por qué? Qué...

—Es la ley de la adaptación —le dije—. Si uno arroja al bosque un gato doméstico se convierte en salvaje. Lo mismo ocurre con un perro.

—Sí —asintió—; un perro se convierte en lobo para poder sobrevivir. Es la ley de la selva. Tendría que haberlo previsto; es inevitable.

Miré primero el cadáver que yacía en el suelo y luego alrededor, hacia los arbustos y la maleza amenazadora. Adaptación, o algo peor, pensé. Una idea acababa de ocurrírseme, pero no quise decir nada, al menos por el momento.

—Quisiera ver algunos otros ejemplares —dije—, para ver qué ha ocurrido con los demás. Miremos un poco a ver que encontramos.

Estuvo de acuerdo conmigo. Empezamos a hurgar entre la maleza, las hierbas, a revisar los troncos de los árboles. Labyrinth se puso de rodillas y apoyándose en las manos, empezó a revisar y palpar cuidadosamente el suelo en torno suyo, mirando como un miope hacia abajo.

—Hasta los niños se convierten en bestias —dije—. ¿Recuerda los niños lobos de la India? Nadie hubiera creído que eran chicos civilizados.

Labyrinth asintió. Se sentía profundamente desdichado y no era difícil adivinar la causa. Se había equivocado al concebir su idea original y, justo en ese momento, las consecuencias de su error se estaban concretando ante él. Era posible conservar la música encarnándola en criaturas vivientes, pero había olvidado la lección del Paraíso: después que se ha creado algo, eso empieza a adquirir vida propia y, por lo tanto, deja de pertenecer a su creador que ya no es capaz de seguir moldeándolo y dirigiéndolo de acuerdo a sus deseos. Es posible que Dios, al ver el desarrollo del hombre, haya sentido la misma tristeza y la misma humillación que embargaba a Labyrinth al ver los cambios que habían sufrido sus criaturas para poder satisfacer su necesidad de supervivencia.

No le importaba ya que sus criaturas musicales pudieran sobrevivir, puesto que el mismo fenómeno que había deseado prevenir al crearlas se estaba produciendo *en ellas*: el envilecimiento de las cosas hermosas. Lo tenía ante sus propios ojos. Doc Labyrinth me miró intensamente; nunca se había sentido tan desgraciado. Es cierto, había logrado la sobrevivencia de sus criaturas, pero al hacerlo les había quitado todo sentido; su obra carecía de valor. Traté de sonreír débilmente, pero él apartó la mirada.

—No se preocupe demasiado —le dije—. En el caso del animal Wagner el cambio no fue tan radical. ¿No era, de todas maneras, un animal rudo y temperamental? ¿No tenía cierta inclinación a la violencia...?

Callé: Doc Labyrinth había dado un salto hacia atrás, retirando rápidamente la mano de entre los arbustos. Se apretó con fuerza la muñeca, mientras temblaba de dolor.

—¿Qué sucede? —le pregunté, corriendo hacia él.

Sacudido por un temblor irresistible, me tendió su pequeña mano.

—¿Qué es? ¿Qué ha sucedido? —repetí.

Volví la mano que me tendiera para mirar el dorso. Estaba surcado de marcas y tajos cárdenos que se hinchaban rápidamente. Algo que había entre el pasto le había picado o mordido. Mirando hacia abajo di algunos punta-piés entre las matas de hierbas.

Hubo un movimiento. Una bolita dorada salió rodando a toda velocidad y se escondió entre los pastos; estaba cubierta de espinas, como una ortiga.

—¡Cójala! —exclamó Labyrinth—. ¡Rápido!

Empecé a perseguirla, con el pañuelo listo para evitar las espinas.

La esfera rodaba velozmente, tratando de escabullirse, pero al fin logré atraparla. Mientras me ponía de pie, Labyrinth observaba el pañuelo que se agitaba.

—No puedo creerlo —dijo—. Mejor volvamos a casa.

—¿Pero qué es?

–Es uno de los insectos Bach, pero ha cambiado...

Volvimos a la casa por el mismo sendero, abriéndonos paso en la oscuridad. Yo iba delante, empujando las ramas hacia un costado, y Labyrinth me seguía en silencio y de mal humor frotándose la mano de vez en cuando.

Llegamos al patio y subimos los escalones posteriores de la casa. Labyrinth abrió la puerta y entramos en la cocina. Encendió la luz y, sin perder más tiempo, fue hacia el lavabo a enjugarse la mano.

Saqué del armario un frasco vacío y dejé caer en él el insecto Bach. Ya dentro, la bolita dorada siguió rodando tenazmente mientras yo ajustaba la tapa. Me senté a la mesa. Ninguno de los dos dijimos una palabra. Labyrinth continuaba junto al lavabo, haciendo correr agua fría sobre la picadura de la mano; yo, ante la mesa, seguía mirando la bola dorada que trataba de escapar del frasco. Estaba incómodo.

–¿Y bien? –me atreví a preguntar por último.

–No cabe la menor duda –dijo Labyrinth sentándose frente a mí–; ha sufrido cierta metamorfosis. Por cierto, al principio no tenía espinillas venenosas. ¿Sabe una cosa? Tuve suerte en ser precavido al cumplir mi papel de Noé.

–¿Qué quiere decir?

–Todos son neutros, así lo quise; de manera que no pueden reproducirse y, por lo tanto, no habrá una segunda generación. Cuando éstos mueran, será el fin de todo.

–Le confieso de que estoy aliviado de que haya pensado en eso.

–Sin embargo, tengo una curiosidad –murmuró Labyrinth–. Quisiera saber cómo sonaría ahora, en esta forma.

–¿Qué dice?

–La bolita, el insecto Bach. Ésa sería la verdadera prueba, ¿no lo cree? Volverla a pasar por la máquina; entonces veríamos. ¿Acaso no le interesa?

–Lo que usted diga, Doc –le dije–. Queda librado a su criterio; pero no tenga muchas esperanzas.

Tomó con cuidado el frasco y bajamos los inclinados peldaños que conducían al sótano. Pude distinguir una gran columna de metal opaco que se levantaba en un rincón, cerca de los tubos del lavadero. Tuve una extraña sensación; era la máquina preservadora.

–De modo que ésta es la máquina –dije.

–Sí, es ésta –contestó Labyrinth.

Hizo girar los botones de control y estuvo manejándolos por un rato. Por fin tomó el frasco y lo sostuvo sobre la tolva; con mucho cuidado quitó la tapa y el insecto Bach cayó, contra su voluntad, dentro de la máquina. Labyrinth cerró la tolva.

–Ahora empieza –anunció.

Corrió el botón de control y la máquina empezó a funcionar. Cruzado de brazos, Labyrinth esperaba. La noche caía sofocando la luz, ahogándola lentamente hasta hacerla morir. Por último se encendió un indicador rojo en el frente de la máquina. Doc hizo girar el control que indicaba «cerrado» y permanecemos en silencio. Ninguno se atrevía a abrir la máquina.

–¿Bien? –dijo al fin–. ¿Quién de los dos se encargará de abrirla?

Labyrinth apenas se movió. Hizo deslizar la chapa que tapaba la ranura y metió la mano dentro de la máquina. Al sacarla, sus dedos sostenían una delgada hoja de papel; era una partitura musical. Me la dio a mí.

–Éste es el resultado –dijo–. Vamos arriba y así podremos tocarla.

Subimos al cuarto de música. Labyrinth se sentó ante el piano de cola y yo le entregué la partitura. La puso ante sí para estudiarla por unos minutos. Su rostro no tenía expresión alguna. Después empezó a tocar.

Era la música más espantosa que jamás había escuchado; llena de distorsiones, su diabólica estructura carecía de sentido o tema alguno a no ser, tal vez, por una sensación extraña y desconcertante, completamente fuera de

lugar. Por más esfuerzos que hacía no podía creer que eso había sido alguna vez una Fuga de Bach, parte de una obra ordenada, bien organizada, que el mundo había admirado.

–Esto nos da la solución –dijo Labyrinth y, poniéndose de pie, tomó la partitura entre ambas manos y la hizo pedazos.

Mientras íbamos por el sendero hasta donde estaba mi coche, le dije.

–Pienso que quizá la lucha por la supervivencia sea una fuerza más poderosa que ninguna ética humana. Comparándola con ella, nuestras costumbres y nuestra moral parecen harto débiles.

Labyrinth estuvo de acuerdo.

–Debemos llegar a la conclusión de que nada puede hacerse para salvar esas costumbres y esa moral –concluyó.

–El tiempo tendrá la última palabra –dije–. Si bien es cierto que este método fracasó, algún otro puede triunfar. Es posible que algún día surja algo que ahora no estamos en condiciones de prever.

Lo saludé y subí al coche. La oscuridad era total: había caído la noche.

Encendí los faros y arranqué, internándome en el camino, rodeado de densa penumbra. No había ningún coche a la vista; estaba solo y sentía un intenso frío.

Al llegar a la esquina aminoré, para cambiar la velocidad. De súbito, vi algo que se movía en la calle, cerca del tronco de un plátano gigantesco. Miré hacia afuera, tratando de distinguir lo que era.

En la base del plátano, un escarabajo oscuro trataba de construir algo; colocaba trozos de barro uno encima de otro, formando una estructura extraña. Por un rato quedé contemplando al escarabajo, hasta que al fin notó mi presencia y cesó de trabajar. Se volvió bruscamente y buscó